

Uno de ellos era don Juan, hermano del que acababa de morir.

Viudo hacía algunos años, iba a establecerse en Madrid con el solo hijo que le había dejado doña Manuela Lozano.

A la mitad del viaje se sintió enfermo, y a la noche siguiente murió, tres meses después de su hermano.

Su hijo, de edad de once años, vio morir a su padre, y vio darle la sepultura que se acostumbra entre los navegantes—el mar....

El niño que quedaba huérfano y solo, en medio del mar, llegó a España; y después de una vida llena de extrañas vicisitudes, murió en Bogotá el 19 de junio de 1857.

Se llamaba el general *José María Vergara*.

J. M. VERGARA Y VERGARA

LA LITERATURA COLOMBIANA

(Continuación)

«Así que, Señor mío, grande y terrible, paciente y amoroso; no te desagrada la tempestad, pues en ella caminas; no la oscuridad y niebla, pues allí están tus huellas; no te enamora la hermosura y capacidad del mar, pues le reprendes y le haces secar; no te pagas de las corrientes de las aguas, pues las echas al desierto; no de la alteza de los montes, pues los conmueves; no de los collados, pues los desuelas; no de la hermosura de las flores, pues las dejas enflaquecer y marchitarse; no de la tierra, pues la haces estremecer, ni de sus poderosos poseedores, pues les muestras tu indignación; ni la fortaleza de las piedras, pues las deshaces. ¿Pues qué, Señor, te agrada, qué te inclina? el que espera en ti, el corazón humilde, que no confía en sí mismo; el que todo su sér resigna y deja en tus poderosas y amo-

rosas manos, en tu sapientísima providencia; el amarte y temerte.»

También hizo versos la madre Castillo, «menos buenos que su prosa,» como dice Menéndez y Pelayo; y así es la verdad; pero, sin embargo, los romances que están incluidos en los *Sentimientos* son las mejores poesías que aquí se escribieron entre el final del siglo XVII y el siglo XVIII. No representa esto un gran elogio, porque la poesía fue menos favorecida que la prosa en ese período; no porque se dejasen de escribir versos, sino porque está ausente de ellos toda inspiración. Aun en las márgenes de los folios y de los códices solían estampar nuestros abuelos sus ensayos de metrificación. Tenemos a la vista unos cuantos que ha encontrado en la biblioteca del Colegio del Rosario un joven y erudito investigador, el señor Franco Quijano, quien los halló revolviéndolos pergaminos para su historia de la filosofía en Colombia. Hay allí hasta un esbozo de un auto sacramental. En el libro de Vergara hay memoria de un poeta que debió de tener un simpático ingenio a juzgar por la muestra que él trae: son unas endechas reales, dirigidas en forma de carta a sor Juana Inés de la Cruz. Su autor, don Francisco Alvarez de Velazco y Zorrillo, natural de Santa Fe y capitán general de las provincias de Neiva y de la Plata, publicó en Madrid sus obras en 1703, dedicándolas al condestable de Castilla; y de ellas dice Vergara «las vimos de paso, sin tiempo para examinarlas»; dato escueto que sorprende en tan curioso investigador de nuestras vejezas literarias. De otro poeta de entonces poseemos las poesías manuscritas en un códice que perteneció a Vergara y que hoy reposa en la Biblioteca Nacional de Bogotá. Llamábase don Miguel Vélez Ladrón de Guevara, y era hijo de Santa Fe. No tenemos otras noticias suyas, excepto las que consigna en sus versos. Por ellos sabemos que floreció en

la época de los virreyes Messía de la Cerda, Flórez y Caballero y Góngora. Es tipo del poeta cortesano y de sociedad en el reducido teatro de la colonia. Fue versificador muy fecundo, de esos que aprovechan cualquier pequeño incidente para dar curso a su irrestañable vena. Si salió el virrey en un día lluvioso; si a su dama le dolieron las muelas; si a una beldad amiga suya le arrebató el viento el sombrero; si una alta señora dio a luz felizmente; todos estos son temas que Vélez acoge con regocijo y a los cuales consagra ya un soneto, ya unas décimas, ya larguísima romances. Uno de éstos, el más extenso quizá, pinta un paseo al Salto; y contiene una descripción—posiblemente la más antigua—de las muchas que el famoso Tequendama ha inspirado a poetas harto más célebres que Vélez y Ladrón de Guevara. Hay una composición destinada a celebrar los días de un fraile, que fue en el siglo don José Solís, virrey del Nuevo Reino. Cultivó también Vélez la poesía religiosa, y en éste y en los demás géneros que explotó revela gran facilidad para la versificación, gracia e ingenio de vez en cuando, y afición a las citas mitológicas, a los juegos de palabras, a los acrósticos y paronomasias, de acuerdo con el dudoso gusto de la época. Convendría sacar del olvido las producciones de este ingenio bogotano, cuyos versos llenarían un volumen de regular extensión.

Hemos llegado a un momento decisivo del desarrollo intelectual de la colonia. No dominaban en el Nuevo Reino las sombras de la ignorancia, como han dicho escritores sectarios, enemigos de España. Funcionaban grandes establecimientos de educación, especialmente el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, fundado por el ilustre arzobispo fray Cristóbal de Torres. En este plantel se educaron varones eminentes, que viendo practicar, y practicando ellos mismos, las



constituciones del arzobispo español, debieron de tener, en medio de un ambiente de fidelidad monárquica, generosas intuiciones de autonomía republicana.

En el último tercio del siglo XVIII ocurrió un acontecimiento importante. El ilustre sabio alemán Alejandro de Humboldt, uno de los grandes exploradores científicos del mundo moderno, solicitó permiso del gobierno español para visitar las colonias y estudiar, como dice el señor González Suárez, «los arcanos de la naturaleza y los secretos de la historia de las razas indígenas que yacían hasta entonces ignorados en el inmenso mundo que, hacía tres siglos, había sido arrebatado por el genio sublime y la constancia de Colón.» El monarca concedió la licencia y dio de ella aviso a los virreyes y capitanes generales de América. Gobernaba el Nuevo Reino el muy ilustre arzobispo- virrey Caballero y Góngora, quien—agrega el señor González Suárez—no pudo recibir con indiferencia la noticia, pero le pareció que era mengua para España el que los extranjeros fuesen los primeros que hicieran investigaciones científicas en estas partes, arrebatando a los españoles la gloria de los descubrimientos en ciencias naturales.» Y anticipándose a la autorización que había solicitado del gobierno de Madrid, nombró una comisión científica provisional, con el nombre de Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada, a cuya cabeza puso a don José Celestino Mutis, con don Eloy Valenzuela como segundo. Esto ocurrió en 1782.

Así las ciencias naturales nacieron adultas en Colombia. De la descripción, más literaria que científica, de los reinos de la naturaleza, se pasó prontamente a la aplicación de los métodos experimentales modernos. Se estudió los animales y plantas, no siguiendo los procedimientos fantásticos y risibles del padre Valdecebro, el que escribió el *Gobierno general, moral y político de*

las aves, sino obedeciendo a las clasificaciones de Buffon y de Linneo. Y la literatura del Nuevo Reino en esta nueva etapa fue principalmente científica, como lo fue por entonces la de todos los países europeos. Mutis es uno de los patriarcas de la cultura en Colombia, y no puede citársele sin recordar el altísimo y justo elogio con que Linneo lo consagró para la admiración de la posteridad: *nomen immortale quod nulla aetas unquam delebit*.

Cuando Humboldt llegó a Santa Fe, halló en la remota capital del Virreinato un centro científico y literario no indigno de recibir sus lecciones y aprovechar sus ejemplos. La presencia de un sabio como aquél, el más grande que había pisado hasta entonces la tierra granadina, dio nuevo impulso a los anhelos científicos de una generación juvenil sedienta de gloria y amante de la Patria. Los inconclusos trabajos de la Expedición de Mutis yacen en el Jardín Botánico de Madrid, y el mundo no pudo gozar de tan meritorio y sabio esfuerzo. Pero queda, como memoria de la actividad intelectual de la época, una publicación que, por su mérito intrínseco, por la significación de los que la dirigieron e impulsaron, por las circunstancias del tiempo en que vio la luz, ocupa puesto aparte en la historia de nuestro periodismo y con ninguna otra acepta comparación: tal fue el *Semanario* de Caldas.

Francisco José de Caldas nació en Popayán, de ilustre familia, en el año de 1771; y fue fusilado por el sanguinario pacificador Enrile el 29 de octubre de 1816. Entre esas dos fechas se desarrolló una existencia pura, noble, casta, consagrada a la meditación y al estudio. En su ciudad natal recibió lecciones del venerable don José Félix de Restrepo, «el Aristides colombiano»; y completó sus estudios en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Tuvo genio inventivo,

y con pobrísimos elementos, con aparatos arreglados por él, realizó valiosos descubrimientos, que permiten suponer a dónde habría llegado en medio más propicio y con más años de vida. El propio Caldas cita, en una carta íntima, unas palabras que acerca de él escribió Humbolt y que dicen así: «Caldas es un prodigio en astronomía. Nacido en las tinieblas de Popayán ha sabido elevarse, formarse barómetros, octantes, sectores, cuartos de círculos de madera; mide latitudes con gnomones de 15 a 20 pies. ¿Qué habría hecho este genio en medio de un pueblo culto y qué no debíamos esperar de él en un país en que no se necesita hacerlo todo por sí mismo? ¡El genio no puede extinguirse y se abre las puertas para seguir la gloriosa carrera que los Bougers y de La Condamine han abierto!» En la amarga y conmovedora carta que dirigió el sabio al pacificador, pidiéndole gracia, en atención, principalmente, a sus empresas científicas, hace breve recuento de los trabajos que ha realizado: levantamiento de la carta de casi toda la parte meridional de la Nueva Granada; nuevos estudios sobre las cartas geográficas; descubrimientos sobre las medidas por medio del termómetro, sobre las mareas atmosféricas, sobre la meteorología ecuatorial; preparación de la obra monumental sobre la geografía de las plantas; ejecución de un gran libro sobre la quina, etc. «Los volcanes y montes nevados de la Nueva Granada—agrega,—el nivel de la nieve perpetua, los niveles de los valles y del continente de la Nueva Granada, la altura del mercurio en el mar, y tantos objetos que me sería muy largo [enumerar], forman otras tantas obras y cuyos pormenores y planos van a perecer con su autor.» Esta carta, escrita atropelladamente en medio de las angustias del próximo cadalso, habría conmovido a las piedras; pero dejó insensible el corazón de Enrile, que no vio en Cal-

das al sabio, sino al insurgente. Con razón dijo, en frase hermosa, el gran Menéndez y Pelayo: «Caldas, el inmortal neogranadino, a quien España debe un monumento expiatorio.»

Por sus solos trabajos científicos Caldas no ocuparía un lugar en la historia literaria. Pero en él se unieron las dotes de sabio y de escritor como se habían unido en Buffon y en Jovellanos. El gran crítico español, antes citado, consagró con su autoridad indiscutible la prosa de Caldas, diciendo que en sus obras había «páginas no indignas de Buffon, de Cabanis, de Humboldt.» Cuando recorremos los volúmenes del *Semanario* y leemos aquellos hermosísimos estudios, en aquel tiempo tan llenos de novedad, que se titulan *Estado de la geografía del Virreinato de Santafé o Del influjo del clima sobre los seres organizados*; cuando saboreamos trozos de tan sencilla y noble elocuencia como su descripción del salto de Tequendama, no emulados todavía; sus descripciones de las razas humanas; su pintura de las selvas tropicales, y pasamos luego a la colección de cartas, tan elegantemente ingenuas, tan expresivas, tan afectuosas, nos vemos obligados a reconocer en Caldas, no solamente al primero de nuestros hombres de ciencia, sino también a uno de nuestros más notables escritores, a uno de los pocos a quienes justamente se debe incluir en el número de los clásicos colombianos.

Caldas nos conduce, de la dulce y luminosa época de la Expedición botánica, a la trágica y negra de la guerra de emancipación; del gobierno paternal de Caballero y Góngora y Ezpeleta, al tiránico y opresor de Morillo y sus tenientes. El primero es altamente honroso para España, pues revela que bajo su gobierno pudo formarse el grupo de hombres insignes, no superados nunca por la República, que presidieron el movimiento de emancipación. El segundo presenta a la

raza peninsular por un aspecto duro y cruel; y es uno de tantos episodios sangrientos como ofrece la historia de la Madre Patria en la primera mitad del siglo XIX. En pos de la luz cayó la noche, de la cual no salió el país sino cuando los clarines de Boyacá anunciaron la aurora de la libertad.

Si en lo militar la Nueva Granada no pudo competir con Venezuela, patria de Bolívar, de Sucre y de Páez, en lo civil sus escritores, oradores y jurisconsultos del tiempo de la emancipación están a la altura de los más preclaros. En torno de Caldas gira una constelación de hombres de ciencia colaboradores del *Semanario*: Jorge Tadeo Lozano, autor de una *Memoria sobre las serpientes* y de una grande obra, que quedó en fragmentos, sobre la *Fauna cundinamarquesa*; Eloy Valenzuela, preceptor de los hijos del virrey Ezpeleta; Francisco Antonio Ulloa, que escribió el *Ensayo sobre el influjo del clima en la educación física y moral del hombre del Nuevo Reino de Granada*; Joaquín Camacho, a quien pertenece la *Descripción de la Provincia de Pamplona*; José María Salazar, a quien luego hallaremos como poeta y de cuya pluma salió una *Memoria sobre Cundinamarca*; José Manuel Restrepo, más adelante insigne historiador de la Revolución y que en sus años juveniles bosquejó un *Ensayo sobre la geografía, producciones, industria y población de la Provincia de Antioquia*; José Domingo Duquesne, canónigo de Santa Fe, célebre por su *Disertación sobre el calendario de los Muisca* y por otros trabajos sobre el mismo tema, como el *Anillo astronómico de los Moscas*, *Explicación de los símbolos del siglo o calendario de los Moscas*, etc., todos los cuales revelan su espíritu ingenioso y su mucha erudición; aun cuando hoy se ponga en duda el valor científico de su interpretación de las inscripciones chibchas. En Popayán, don José Félix de Restrepo fundó

—según dice su eminente biógrafo don Mariano Ospina— «el primer curso de filosofía dado en el Nuevo Reino de Granada, en el cual se pasó del viejo sistema peripatético a la enseñanza de las ciencias positivas por los métodos modernos»; y redactó, ya en Bogotá, sus *Lecciones de física*, «obra importante para aquella época,» en concepto del sabio naturalista Andrés Posada Arango.

En el glorioso grupo de hombres ilustres de la emancipación sobresalen tres que merecen ocupar un puesto cerca de Caldas: son Francisco Antonio Zea, Camilo Torres y Antonio Nariño.

Zea era, como los Restrepos y Salazar, hijo de la fecunda provincia de Antioquia. Nació en Medellín el 21 de octubre de 1770. Según Vergara, «de tierna edad pasó al Seminario de Popayán, al lado de su tío el doctor Félix de Restrepo, a quien debió las sólidas bases de su educación,» la cual concluyó luego en Bogotá. Fue tan precoz, que a los diez y nueve años el virrey lo nombró para reemplazar en la Expedición Botánica al sabio doctor Eloy Valenzuela. Complicado en el proceso de los *Derechos del hombre*, fue remitido a España, en donde llegó a ser director del Jardín Botánico y prefecto de Málaga. Vuelto a la Patria, tomó parte en la guerra de la emancipación, y al reunirse el célebre congreso de Angostura, lo eligió su presidente. Al proclamarse la gran República de Colombia, el mismo congreso nombró presidente a Bolívar e hizo a Zea el insigne honor de colocarlo al lado suyo como vicepresidente. El Libertador lo envió a Londres como ministro plenipotenciario, y murió en Bath el 22 de noviembre de 1822. En Zea vemos los rasgos característicos de la época; es escritor científico y orador político; con la misma ardiente, apasionada pluma, escribe la apoteosis de Colombia o pinta las riquezas naturales de su suelo. Era, sin duda, un hombre superior, aun cuando faltase un poco de equilibrio en sus facultades. De aquí los altibajos de su carrera, que nos lo presentan ya pros-

crita, ya encumbrado; unas veces envuelto en el manto del iris y saludando, con desbordados acentos de profeta, el nacimiento de Colombia; otras, oprimido bajo el peso de sus quiméricas combinaciones de hacendista; ya fascinando a los potentados de Europa con sus larguezas de príncipe de las *Mil y una noches*; ya muriendo pobre en un escondido lugar de Inglaterra. De todos modos, habla muy alto en favor de Zea (y lo mismo puede decirse de otros hombres de entonces) el hecho de que, nacidos en una remota colonia y arrojados al exterior, ya como prófugos, ya como agentes secretos de una revolución de inciertos resultados, lograsen llamar la atención de grandes personajes europeos y dejar en aquellas sociedades la impresión de hombres superiores. La elocuencia de Zea (como la de Bolívar) puede ser tachada de exagerado lirismo por quienes no consideren que esos arranques apocalípticos eran necesario acompañamiento de la aparición de una nación libre en el mundo americano. Pero el mismo que tronó y relampagueó en *El Correo del Orinoco*, supo, en medio de sus abrumadoras labores de Europa, publicar en inglés una obra en dos volúmenes titulada *Colombia*, llena de preciosos datos y que hoy mismo puede avergonzar a sus descuidados compatriotas. Desgraciadamente—como lo observó Antonio José Restrepo—la traducción al castellano fue confiada a quien no conocía el idioma, por lo cual contrasta en la edición española el rico fondo con el estilo bárbaro; el carácter exótico de la lengua con el giro castizo de otros escritos de Zea, como el *Discurso sobre el mérito y utilidad de la botánica*, que, al decir de juez tan eximio como don Marco Fidel Suárez, «tiene trozos comparables a las clásicas oraciones de Jovellanos».

Don Camilo de Torres era, como Caldas, hijo de Popayán; y como éste y como Zea, formó en el grupo de los discípulos de Restrepo. Nació el 22 de noviembre de 1766. En el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario completó sus estudios, y, llegó a ser—como

dijo don José María Salazar—«el primer jurisconsulto de la Nueva Granada.» Ojalá, agrega, «algún amante de la elocuencia, para comprobar este juicio, haya conservado sus alegatos, que honraban al foro.» Este deseo, desgraciadamente, no se cumplió, y hoy la posteridad conoce a Torres por una sola producción, la cual es, por fortuna, de calidad tan superior, que basta para la gloria del insigne repúblico. Titúlase *Representación del cabildo de Santafé a la suprema junta central de España*, y fue escrita para reclamar de la exigüidad de la representación concedida en las cortes a las provincias de América. Con razón se ha elogiado en ese documento la elevación del pensamiento, la noble libertad de los conceptos, la virilidad de la frase, la sobriedad del tono. Si los gobernantes españoles hubieran prestado atención a ese manifiesto, habrían comprendido que un país en donde hombres probos y graves ponían sus firmas al pie de tales declaraciones estaba en vísperas de dejar de ser una colonia. La *Representación* está escrita en términos de lealtad al monarca; pero en todas sus cláusulas palpita el sentimiento de dignidad e independencia. Los españoles americanos reclaman el derecho de ser tratados en pie de igualdad con los peninsulares; y la exposición termina con estas palabras, que suenan como el toque funeral de la dominación española en América: «¡Quiera el cielo oír los votos sinceros del cabildo, y que sus sentimientos no se interpreten a mala parte! ¡Quiera el cielo que otros principios y otras ideas menos liberales no produzcan los funestos efectos de una separación eterna!» Esto se decía en noviembre de 1809. En julio del año siguiente estallaba la revolución, la cual (lo mismo que la *Representación*), creía estar animada de un espíritu monárquico; pero la lógica de los hechos era superior a los propósitos declarados de los hombres. La *Representación* constituye uno de los

grandes antecedentes, políticos y filosóficos, de la independencia. Sirve de complemento otro escrito célebre, el titulado *Motivos que han obligado al Nuevo Reino de Granada a reasumir su soberanía*. Este fue formulado por la junta de Santafé después de la revolución de julio; y demuestra cómo el gobierno ha correspondido con actos arbitrarios e inicuos a las justas reclamaciones del Nuevo Reino. La redacción de esta pieza se ha atribuido, ya a don Crisanto Valenzuela, ya a fray Diego Padilla. Por el estilo, podría atribuirse también a don Camilo Torres, el cual, en todo caso, autoriza con su firma, en calidad de secretario de la suprema junta, la publicación del manifiesto, en donde se juzga como inconveniente el sistema federal, que fue más adelante el escollo de la vida pública de Torres. Porque éste era hombre de pensamiento, enamorado de las ideas abstractas, más bien que político práctico, y empleó toda su grande y merecida influencia en luchar contra el centralismo de Nariño, inferior a él como sabio, pero superior como hombre de estado; y en medio de esta insensata lucha naufragó la Patria, arrastrando en su ruina a sus mejores hijos. Torres murió valerosamente en el patíbulo, y su cabeza, como la de Cicerón, fue puesta en una escarpia. Pero la fría boca del orador romano no pudo hablar ya a sus compatriotas de la libertad, para siempre perdida; al paso que el sangriento despojo de Torres inflamó los pechos colombianos en odio inextinguible a la tiranía. Tuvo Torres, como político, una intuición luminosa propia de los hombres superiores, que instintivamente saben comprender las cosas grandes: adivinó el genio de Bolívar, en época infausta para éste, cuando su naciente estrella parecía zozobrar, y lo consagró con el prestigio de su palabra, poniendo nuevamente en sus manos el rayo de la guerra.

(Continuará).

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

REVISTA

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO.—FILOSOFIA.—CIENCIAS.
LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$ 0,20 oro

Suscripción por año (adelantada)..... 2,00 »

Número atrasado..... 0,30 »

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, señor don Carlos Lozano y Lozano, apartado de correos número 72.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico